

LOS NAUFRAGADOS TATUAJES DE JORGE VELASCO MACKENZIE: APOSTILLAS PARA INCREMENTAR LA CONFUSIÓN DOCUMENTAL*

*Los naufragados tatuajes by Jorge Velasco Mackenzie:
Apostilles to increase documentary confusion*

FERNANDO NIETO CADENA

DOI: <https://doi.org/10.32719/13900102.2015.38.6>



* *Kipus* publica este artículo del poeta Fernando Nieto Cadena, dentro de lo que es la recuperación de textos que sin duda contribuyen a enriquecer el archivo en torno a la recepción crítica de la narrativa ecuatoriana contemporánea (N del E).

RESUMEN

Este artículo data de marzo de 2009, el poeta ecuatoriano Nieto Cadena hace una peculiar exploración y reflexión crítica de la novela de su contemporáneo Jorge Velasco Mackenzie, *Tatuaje de náufragos*, publicada en 2008. El texto, a más de destacar los logros de la novela de Velasco, deviene en un testimonio de primera mano de quien fue parte del mítico grupo Sicoseo, referente cultural en el Guayaquil de la década de los 70. A más de desmitificar algunas aseveraciones (y tergiversaciones) que se han hecho en torno a los autores que fueron parte de esta generación, Nieto Cadena también comenta lo que significó el café Montreal en la cotidianeidad de esos autores y qué relación tuvo con el grupo Sicoseo, del que él fue una de las cabezas visibles hasta antes de su peregrinaje a México, en donde desarrolló una intensa actividad literaria.

PALABRAS CLAVE: Novela, Ecuador, Sicoseo, Jorge Velasco Mackenzie.

ABSTRACT

This article dates from March 2009, the Ecuadorian poet Nieto Cadena makes a peculiar exploration and critical reflection of the novel of his contemporary, Jorge Velasco Mackenzie, *Tatuaje de náufragos*, published in 2008. The text, more than highlighting the achievements of the Velasco's novel, becomes a firsthand testimony of who was part of the legendary Sicoseo group, a cultural reference in the Guayaquil of the 70s. In addition to demystifying some statements (and misrepresentations) that have been made around the authors who were part of this generation, Nieto Cadena also comments on what the Café Montreal meant in the daily lives of these authors and what relationship it had with the Sicoseo group, of which he was one of the visible heads even before his pilgrimage to Mexico, where he undertook intense literary activity.

KEYWORDS: Novel, Ecuador, Sicoseo, Jorge Velasco Mackenzie.

*En la vida de un escritor toda
experiencia vuelve a ser inventada.*

Jorge Velasco Mackenzie: *Tatuaje de náufragos*.

*Así mismo somos de mierdosos los escribidores:
a veces utilizamos las palabras para hacer poesía
verdadera y otras veces para ejecutar nuestras
miserables venganzas personales.*

Raúl Vallejo Corral: "Última sicoseada de *Poetisos*".

ME VAN A perdonar mis queridos hipócritas fraternos lectores que em-
piece por lo que a mí me atañe en esta novela de Jorge,¹ donde por fortuna

1. Jorge Velasco Mackenzie, *Tatuaje de náufragos* (Quito: Ministerio de Cultura del Ecuador, 2008), 425.

su capacidad fabuladora está lejos muy lejos de las pretensiones heurísticas de documentar las múltiples realidades que nos envuelven. La ficción narrativa si bien parte de la realidad no es la realidad, eso lo sabemos todos, hasta yo. Por eso lo que Jorge cuenta en su última novela (publicada) no debe leerse como ajuste de cuentas ni de cuentos, chismes y ojerizas varias que el escritor perpetra con algunos de los personajes reales que se mencionan a lo largo de más de cuatrocientas páginas. Después de todo es una tradición que los escritores aprovechemos los textos que escribimos para solventar deudas y adeudos y ejercer la justicia jupiterina poética que en la vida real no siempre podemos realizar. Ah, a lo mejor es posible que yo no tome tan en serio lo que se dice porque soy uno de los pocos que sale bien librado, con leves magulladuras, en la novela publicada por el Ministerio de Cultura del Ecuador.

LOS MOTIVOS DEL YO

Por suerte, repito, se trata de una novela y no de un texto documental o testimonial con pretensiones historicistas donde la verdad es asediada para que cante todo lo que sabe o suelte la sopa, como se dice por estos costillares del planeta. De no ser novela no sería ocioso aclarar que mi diabetes al parecer es una de las más benignas que me pudo tocar ya que no debo inyectarme insulina ni me está matando como en alguna parte Zacarías Lima parece recordar en algún momento de *Tatuaje de náufragos*. Hecho que funciona en el texto y, por fortuna, reitero, no acontece en mi cotidiana cotidianidad de desecrictor de cotidianidades. También en otro momento de la novela se dice que en los ya míticos tiempos de Sicoseo yo era huérfano de padre, lo cual no es cierto ya que mi papá murió a la edad de noventa y seis años en el 2004. Pienso que este dato Jorge lo entresacó de una errónea o confusa afirmación de Fernando Itúrburu en un texto sobre mi poesía que apareció en alguna revista de la Universidad Católica de Guayaquil hace algunos años, error o confusión producto de que en mis textos poco menciono a mi familia (muy de vez a cuando a mi mamá o a mis hermanos y casi nunca a mi papá). Al margen de lo intrascendente de que la afirmación de mi supuesta orfandad paterna sea cierta o no, lo que importa saber es si dentro de la novela ese *Fernando Nieto encadenado* funciona como casi un *leit motiv* percusivo en la novela. Lo que me lleva a pensar es que si en lo que a mí respecta hay algunas exageraciones (como la de que me fui de Ecuador por una presunta amenaza de muerte),

tergiversaciones (por necesidades/necedades de la trama) o aliteraciones, lo mismo pudo y debió pasar con otras personas a quienes se les menciona por sus nombres verdaderos o se les alude de tal manera que no hay duda de quién se trata y que, en el texto, salen mal parados. Por lo menos a mí, en lo que tiene que ver con algunos de ellos, no me consta ni me arriesgaría en mostrarlos como Jorge los presenta.

Ah. Lo de intrascendente que puse sobre la realidad concreta de que solo desde 2004, a la edad de cincuenta y siete años, es que de verdad ya soy huérfano de padre (mi mamá murió en 1998) tiene que ver porque como no se trata de una investigación histórica (si es que puede confiarse en las verdades que ofrece eso que llamamos historia) sino de una novela, y esta no tiene la pretensión de descubrir, mostrar ni poseer la verdad ya que no es otra cosa que una experimentación lúdica de lenguaje donde los personajes (aunque haya alusiones a personas reales y concretas que vivieron o vivimos todavía) no son/somos más que seres de ficción, entes de palabras. Y esto, si se quiere, explica pero no justifica, por ejemplo, los desvaríos de Luis Rafael Sánchez cuando en *La importancia de llamarse Daniel Santos*, escribe sobre la presencia de El Jefe en Ecuador, sin que se narren hechos significativos como la quemazón del ‘teatro’ Apolo porque el capitán del ritmo no pudo cantar por culpa de las drogas y del alcohol, hazaña que lo condujo a reposar en el Cuartel Modelo donde compuso la guarachita aquella de *Cataplum adentro anacobero, a mi comisario no le gusta el bolero*. Por supuesto, la culpa no fue de Luis Rafael Sánchez sino del oficioso informante que nada sabía de la importancia de Daniel Santos en Guayaquil, donde con sus compadres del alma, los hermanos Rendón, era dueño del cabaret Margot y de un bar a la entrada del viejo puente del Estero Salado, donde los meseros vestían camisas marineras y calcetines rojos, por lo que un acucioso comisario, Rigaíl, hizo apresar a quienes usaban ese color de calcetines o camisas ya que aparentemente era señal de ser mariguanos. Y ya con don Luis Rafael, cuyo libro por otra parte es una maravilla estilística como para disfrutarla bailando en la punta del pie y en un solo ladrillito

ENTRANDO AL GRANO

La novela que me preocupa ahora es la del ¿chino-mulato? Jorge Velasco Mackenzie. Él la construyó de esa manera porque esa fue la composición estructural que la historia a contar le exigió para desarrollarse y conservar

su lógica narrativa de tal modo que la verosimilitud (que aunque sea ocioso decirlo no hace daño recordar que lo verosímil en el relato, cualquier relato, es siempre una ficción, una apariencia de realidad) campee gozosa y exuberante en esta obra donde la literatura es por sobre toda otra evidencia, la razón de ser de esta novela. Cual rubias margaritas, diría el cursi aquel, poesía y narrativa van de manitas sudadas a la ronda argumental que con las artes plásticas forman el trío feliz de los amasiatos en flor.

Al margen de los caprichos y desajustes vindicativos con que Velasco Mackenzie ejerce su dictadura existencial de escritor, su novela, esta novela *Tatuaje de naufragos* –para decirlo de una buena vez– me parece una de las novelas más alucinantes que estos años primerizos del tercer milenio nos ofrecen a los latinoamericanos. Sin los minimalismos de los textos de César Aira, por vía de ejemplo, este *tatuaje* navega viento en popa con los desbordes fantasiosos y la exultante imaginación que como club de corazones solitarios deambula por sus páginas.

Al principio y por pura alevosa libre asociación de ideas creí estar a la puerta de alguna relación entre el Zacarías Lima de esta novela y el Ulises Lima de *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño. Pienso que esto se debió y se debe al tono cuestionador-caricaturizador que como atmósfera permea a las dos novelas. Vaina nada novedosa si se piensa que uno de los primeros en pasar a cuchillo a sus colegas contemporáneos y coterráneos fue el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes a través de un cura y un barbero devenidos críticos literarios. Después de todo, lo escribió un polaco de quien ya no tengo memoria, *la originalidad por ser mujer nunca dirá quién fue el primero*.

Mi segunda asociación ya no muy libre de ideas me hizo y hace pensar que en el texto velasco-mackenziano hay una presencia sabiamente asumida de un entorno kafkiano para ambientar –escenográficamente– el absurdo de nuestras vidas equinocialmente tristes y subdesarrolladas, sobre todo con ese desgaire de trópico porteño que no deja de convalecer ni desde su estirpe huachafienta. Y sí, por ahí subyace además un tufo a narrativa policiaca que se alude continuamente como guiño distractor.

Dividida en cinco partes, cada una cada vez menos extensa respecto a la anterior, nos adentramos en las marchas-manchas que nos ubican en el tiempo del relato cuando la guayaquileñidad –una vez más– amagaba edificar el pórtico de oro de su avariciosa (la de la clase dominante, en términos socio-económico-políticos) autonomía para no tener que compartir sus privilegios con

el gobierno centralizador. Estas marchas-manchas² son el acontecimiento que como *leit motiv* marca a los personajes y a la sociedad. Sin llegar a narrar ninguna de esas marchas, estas imponen el delirio de su ambigüedad y predeterminan el desenlace de la novela.

EL MITO DEL MONTREAL

La primera apariencia de la novela hace pensar que se trata de la saga del Montreal, el barquito mercante naufragado frente a Groenlandia que devino en el café/bar que más de uno recuerdan con nostálgica ensoñación de adolescentes arrepentidos (arrepentidos de no haber hecho más granacas sobre la mesa del piano).

En alguna parte de la novela se dice que de Sicoseo se ha escrito y sobre todo, pienso, se ha hablado mucho. Pero, por esta novela y por otras referencias pienso que se ha escrito y hablado demasiado, tanto que se han distorsionado las reales realidades del café Montreal hasta elevarlo casi al nivel mítico de un café Voltaire tropical.

Se dice en la novela que Sicoseo nació en el Montreal (296) y que sus reuniones fueron en la calle Imbabura, donde vivían los hermanos Solón y Gaitán Villavicencio. Falso. Sicoseo nació en una de las tantas reuniones que teníamos en el café La Macarena, por entonces administrado por un coreano del sur que en premio a haber combatido en Vietnam lo llevaron a Estados Unidos tras la vergonzosa derrota militar del tío Sam. Este coreano llegó a Guayaquil y durante varios años estuvo a cargo de ese café instalado en terrenos de la Casa de la Cultura del Guayas (al principio fue parte de un mini parque de diversiones donde llegó a ponerse una resbaladera gigante). Ahí, en el café de la Casa de la Cultura nos reuníamos para ‘cambiar al mundo’ diría Jorgenrique Adoum ‘entre tinto y tinto’ o, mejor, entre cerveza y cerveza y más de una vez entre güisqui y güisqui. Las primeras reuniones fueron en la casa de Carlos Calderón Chico, a quien desde entonces ya odiaba Jorge Velasco. Después las reuniones fueron en la casa de Hugo Salazar en el barrio del Centenario, y ya en su tercera etapa (demasiadas etapas para tan breve vida) fueron donde los Villavicencio, primero en la calle Imbabura y luego

2. Es curioso, en México para el coloquialismo de la marginalidad chavo-banda *manchar* es abusar: no manches, no te manches = no abuses.

hacia el sur de la ciudad donde Solón tuvo su casa vía Banco Ecuatoriano de la Vivienda.

Nos seguimos reuniendo en La Macarena. Nelson Velasco que no era escritor ni tiene parentesco con Jorge, nos acompañó muchas veces en La Macarena y en nuestras incursiones a las cantina de Tiburón o a la del capitán Pedro, donde por culpa del ronco y zambo Artieda conocimos y bebimos con Julio Jaramillo meses antes de su muerte, la de JJ. Así pues, donde nos reuníamos los de Sicoseo fue en La Macarena, espacio que frecuentaban los miembros y empleados de la Casa de la Cultura. El Montreal si lo frecuentaba Jorge Velasco desde que se acercó por los rumbos de la Casa de la Cultura del Guayas. A mi salida para México, según parece, el grupo se desintegró, una sección (la de los más jóvenes), siguió reuniéndose bajo la batuta de Jorge en lo literario y de Willinton Paredes en lo político. Entonces sí, el sitio de reunión fue el Montreal. La última vez que estuve en Guayaquil (y eso ya es prehistoria) una vez llegué al Montreal y prometí no regresar más a ese sitio (durante mi breve estancia) por culpa de un mesero cabrón que cuando le agradecí (mala costumbre adquirida en México) por el servicio prestado (un ceviche y una cerveza) me dijo: “Gracias de qué, loco, si estás pagando”. Y ya estubo suave de hablar del Montreal, que por lo que a mí respecta, diría el negro Lllamarada (negro nacido en La Marimba o Cristo del Consuelo), nada ha perdido la patria ni la literatura con la desaparición de ese café.

VOLVIENDO AL GRANO

A la novela pues. Los cánones dirían o dicen que se trata de una novela de espacio (el Montreal, La Fronda y el Casal), de personaje (Zacarías Lima, La Trista, Cástula León) y de acontecimiento (por la constatación alusión a unas marchas-manchas para consumo de lectores nativos que permiten reconocer el tiempo del relato). Tal vez mi entusiasmo por la novela (literario, aunque disienta en algunas expresiones despectivas a varios de quienes integraron Sicoseo, vaina que me muestra algo así como soterrado resentimiento contra el grupo y su efimeridad y me hace pensar que Jorge rozó los abismos del quinta columnismo, y en esto espero estar equivocado porque ante la leve levedad del grupo, ¿para qué actuar, mientras existió, como quinta columnista? Pienso que siempre se trató de un distanciamiento, de una insatisfacción

porque el grupo no producía lo que supuestamente debía producir, y esta insatisfacción la compartía y comparto plenamente).

Decía al principio que al empezar la lectura me asaltaron dos presentimientos por presuntos nexos con la actitud narrativa de Roberto Bolaño y con una presunta atmósfera kafkiana. Con el avance de la lectura esos presentimientos se desvanecieron porque el texto adquirió su propia respiración, su propia cosmogonía oscilando entre lo esperpéntico, lo absurdo (no en balde se alude a *Esperando a Godot*) y un realismo pesimista que navega libre entre la truculencia y el tremendismo. Todo esto dicho no como defecto, al contrario, como hallazgos felices de un narrador que sabe lo que escribe para hacer que los personajes cumplan con su papel, la de llevarnos casi de la mano por las autopistas sembradas de palabras e incidencias que nos depositan en la meta, sanos y salvos pero profundamente conmovidos y conturbados porque en el fondo, y no muy en el fondo, de lo que se trata es de una necropsia del naufragio de una presunta edad feliz que aún no hemos logrado enterrar por la persistencia de nuestro subdesarrollo económico y mental (cualquier cosa que esto quiera significar).

PARA SALIR DEL GRANO

Por razones obvias o no muy obvias, de Jorge Velasco solo conozco sus libros de cuentos publicados en los setenta y las novelas *El rincón de los justos* y la que me convoca y provoca estas palabras. Tengo referencias de lo que ha realizado desde 1981 hasta hoy.

La novela me gusta no solo porque a lo largo del texto se me menciona y recuerda obsesivamente (lo que agradezco y me envanece e incrementa mi fama de pedante y de ser el mayor y mejor nietista del planeta, *il figlio nietista* pudiera haber escrito Eliot si hubiese tenido la suerte de leerme).

Decía que me gusta la novela, no solo eso, me conmovió la novela. Me conmueve porque me da un retrato descarnado de eso que quisimos y no pudimos ser. Sospecho que nos faltó talento, valor e imaginación para construirnos algo más que las mentiras y verdades a medias de nuestras impensadas crapulosas escabrosas azarosas vidas. Que no coincida con todo lo que opina y relata Jorge es otra salsa-rap. Que disienta con él en algunas apreciaciones extraliterarias también es otro vallenato, pero la novela es el texto que desde su perspectiva resume y justifica lo que fuimos cuando quisimos ser y cuanto

no pudimos ser. En cierta forma nos vuelve a la realidad, nos pone en nuestro lugar con todo y sus aliteradas exageraciones.

Sé que más de un amigo se sentirá agraviado por la lengua suelta del narrador sosia que acompaña las peripecias de Zacarías Lima, confidente de cuanto escritor y pintor ecuatoriano asomó sus narices entre fines de los setenta y comienzos de este siglo, marcado por el hecho crucial ¿? de la clausura del café Montreal. Lo que de todas maneras no puede perderse de vista es que estamos frente a una novela y no ante un ajuste de cuentas del escritor que firma el texto. Por cierto, llama mi atención la escasa o ninguna referencia que se hace de dos de los más jóvenes participantes en el naufragio de Sicoseo, Raúl Vallejo y Fernando Balseca ¿o si aparecen? Creo que Zacarías no los conoció o no tuvo tiempo para charlar con ellos. Lo que abona la mala idea de que se aprovecha el viaje para soltar uno que otro descuentón. Sea como sea o como fuere, la novela se defiende sola, por lo que cuenta y como lo cuenta, por los lastimeros aullidos de dolor que provoca atestiguar una más de las despostilladas panoplias de fracasos y derrotas histórico-históricas que nos endosa esto que llamamos vida. Iba a escribir y lo escribo, la novela es como el aullido del cisne (conste, tomo prestado el título del único libro que Mario Santiago publicó en vida) de un tiempo al que nos hemos negado a aceptar que ya periclitó y ya forma parte del panteón de las buenas intenciones. Si vale la metáforización, ya era tiempo que se cortara el cordón umbilical que nos ataba a la memoria de ese sueño de pigmeos donde alguna vez quisimos ser gigantes.

Pienso, era necesario una novela así para de una vez por todas enfrentarnos a nosotros mismos y de una vez por todas, también, resignarnos y recondicionarnos ante un pasado que definitivamente se nos fue de las manos y un presente futuro que se nos viene encima sin carnaval ni comparsa. No creo que Jorge haya pensado que al escribir la saga del Montreal escribía también el epitafio de Sicoseo. No lo creo porque, insisto, la historia de Sicoseo nada tiene que ver con el Montreal. El Montreal con quien sí tuvo que ver fue con Velasco Mackenzie. Fue el laboratorio donde desarrolló su muy personal educación sentimental atrincherado en la parte posterior de una *Wurlitzer* que insistente le arrullaba con los sagrados clásicos de Julio Jaramillo y Daniel Santos.

Es posible que *Tatuaje de náufragos* se convierta en el primer o último réquiem por Sicoseo. En buena hora. Sería el mejor homenaje y testimonio de que lo intentado en esos años no fue en vano. Se dice por ahí que por sus frutos los reconoceréis. Sea pues. Entre otras cosas Sicoseo, muerto feliz, seguirá

siendo recordado no solo por los mitos y leyendas pergeñados alrededor de esa precaria “edad feliz” sino por textos como este. Una novela que continuamente parece salirse de madre y que de una vez por todas, muy mexicanamente dicho, nos parte la madre.

Sí. Tiene razón Miguel Donoso Pareja cuando afirma que es motivo de sano orgullo que un buen escritor dedique una de sus obras a un mejor escritor, sea lo que se quiera pensar por buen escritor, la obra es el mejor argumento. Esta novela lo confirma. *

Villahermosa, Tabasco, México, marzo de 2009